

AÑORANZAS DEL ENCUENTRO.

Pedro Ant. Martínez García.

Todavía quedan algunos nostálgicos que añoran la procesión del Encuentro tal cual se desarrollaba hace unas décadas. Y es que no cabe la menor duda de que las magníficas procesiones de las que disfrutamos hoy en día no son ni más ni menos que el resultado de una lenta evolución que las ha ido forjando y dando forma, y de la que sólo se tiene conciencia con una mirada retrospectiva a las imágenes que nos deja el pasado.

La Procesión del Encuentro ha tenido a lo largo de su historia varios recorridos, emplazamientos y horarios. Pero de todos ellos recordamos con añoranza cuando el encuentro se producía con las primeras luces del alba, por lo que el resto de la procesión hasta su recogida discurría con la luz de la mañana. Y lo que a mi particularmente me parece inaceptable es que por ir corriendo tras de un público cada vez más escaso se haya desnaturalizado la verdadera esencia de nuestro Encuentro al alba.

Y en esa procesión del Encuentro existían tradicionalmente cuatro protagonistas principales, que en Cartagena representan las agrupaciones de Jesús Nazareno, la Santa Mujer Verónica, San Juan y la Virgen Dolorosa. A estos cuatro protagonistas principales se han ido añadiendo con el paso de los años y con más o menos acierto algunos componentes adicionales, que vienen a completar el gran Teatro en el que se escenifica la Vía Dolorosa en el que se convierten nuestras calles esa madrugada.

La actual representación de la Verónica formando parte de un grupo escultórico rompe con la estética tradicional de este personaje principal del encuentro, que sin duda ganaría en tipismo y en esencia de ser una sola imagen, de vestir y portada a hombros, como antiguamente.



En cuanto a San Juan, también quedan algunos nostálgicos, cada vez menos, que prefieren el hachote de los prismas al de las tulipas y la sencilla capa roja y sin bordar a la capa blanca. Enamorados del fajín con el pichón y el corbatín. Sanjuanistas marrajos que aún disfrutan desfilando por las solitarias calles de la zona vieja, donde ni un alma te ve, y donde sólo estáis tú y tu conciencia. Donde no se desfila para afuera buscando el aplauso fácil, sino desde dentro, luchando contigo mismo por adivinar el sonido de tus tambores. Donde el peso del hachote se te clava en las muñecas y donde nuestra firme disciplina se hace más patente cuando tu conciencia y tu orgullo sanjuanista de impide mover un poro de tu piel aunque no te observe nadie. Donde no desfilas para el público, sino que desfilas para San Juan, para señalar junto con tu tercio el camino a la Dolorosa al Encuentro del Nazareno. Donde se encuentra realmente la esencia del sanjuanista marrajo.

Sanjuanistas marrajos que aún añoran una procesión del Encuentro como las de antes.